



Biografía

SAMUDIO, JUAN ANSELMO (1878-1935)

Se inició en el arte en el ambiente creado a fines de siglo por la actuación de residentes y transeúntes como Da Ponte, Boggiani, Monet, etc.

En 1903 se presentó al concurso oficial programado por el Instituto Paraguayo y obtuvo una beca para estudiar en Roma. Permaneció en Italia hasta 1909, fecha en la cual regresó al país.

A su llegada abrió con Alborno una Academia de Arte que fue a la vez el primer Salón permanente de exposiciones en nuestro medio. No volvió a salir del Paraguay en viaje de estudios, aunque envió sus cuadros a algunas muestras en el exterior, e inclusive asistió a la Primera Exposición de Artistas Paraguayo en Buenos Aires, en 1933.

Los últimos lustros de su vida los dedicó a la enseñanza en el Gimnasio Paraguayo. Cultivó exclusivamente el paisaje. En la Exposición Internacional organizada con motivo del Centenario Argentino (1910) obtuvo Medalla de Bronce por su cuadro Paisaje de Venecia.-

Samudio fue exclusivamente paisajista y de él no quedan retratos o composiciones, y sólo cultivó la figura como complemento del paisaje.

También se guardan en el Museo de Bellas Artes, "EL ÁRBOL DE ARTIGAS", "UNA NOCHE EN BURANO", fechado en Venecia en 1908.

Fuente: "DICCIONARIO DE LAS ARTES VISUALES DEL PARAGUAY", por [LISANDRO CARDOZO](#), editado con el apoyo del FONDEC. Asunción-Paraguay 2005.

JUAN SAMUDIO (Notas biográficas leídas por su autor en el acto de homenaje tributado por el Ateneo Paraguayo, en memoria de Samudio, en el 1er. Aniversario de su fallecimiento).

El desarrollo de la cultura paraguaya data del año 70 hasta nuestros días. La florecia espiritual de la anteguerra contra la triple alianza quedó sepultada bajo los escombros de la Nación caída. Por eso el retardo que sufrimos en nuestro progreso y evolución moral concuerda con el tiempo del resurgimiento patrio.

Felizmente el Paraguay no había perdido totalmente sus reservas de hombres ilustrados, y así fue que apenas consumada la tragedia en Cerro-Corá, los pocos compatriotas que se habían formado en los países de nuestra vecindad se repatriaron para engrosar la fila de los no menos escasos sobrevivientes que, con preparación suficiente y sobrado patriotismo, se disponían a emprender la tarea más penosa de reconstruir la patria.

La vida nacional se desenvolvía entonces tímidamente, en medio del aplastamiento general, sacudida violentamente, a ratos, por agitaciones políticas causadas por las primeras organizaciones democráticas. Pero no obstante, aquellos esclarecidos patriotas, en colaboración con otros pocos ilustres extranjeros, fundaron los primeros colegios y facultades, y organizaron las primeras asociaciones, para propender al cultivo de las letras y las artes bellas.

Así nacieron el primer Ateneo Paraguayo en 1885 y diez años después el Instituto Paraguayo. Mientras en el uno se formaban nuestros nuevos vates y escritores, del otro salían los primeros pintores y músicos, quienes más tarde formaron el precario ambiente intelectual y artístico del Paraguay redivivo.

El pintor Juan A. Samudio perteneció al alumnado inicial del Instituto Paraguayo. Nació Samudio en la Asunción el 21 de

Abril de 1878, y aprendió los rudimentos de su arte en el citado Instituto, con el Prof. Don Héctor Da Ponte. Su padre, don Saturnino Samudio, que fue marino de la primera escuadra paraguaya en la época de don Carlos, murió cuando él apenas salía de la niñez, circunstancia que le forzó a alternar las aulas con el taller, para ayudar a su madre a procurar el sustento y la educación de sus hermanos menores. Pues, épocas eran aquellas en que las madres asumían la responsabilidad de jefe de familia, para amamantar a la generación resurrecta, después de haber compartido con el ejército los azares de la guerra, en las jornadas heroicas de la "residenta", llegando hasta Cerro Corá, como llegó la que había de ser madre del pintor, doña Juana Domínguez de Samudio.

Y como en aquel período de restauración nacional eran también hasta conocidos los jóvenes que sobresalían en una u otras ramas de conocimientos y actividades, se le instituyó a Samudio una de las becas que el gobierno de Italia había ofrecido al del Paraguay, por intermedio de Guido Boggiani, para los mejores estudiantes de pintura. Y en 1903 partía para Italia, con dos compañeros más: ALBORNO y COLOMBO, donde ingresó en la Academia Real de Roma. Al cabo de tres años participaba ya en la exposición internacional de la famosa ciudad itálica, honor que se concedía, claro está, sólo a los pintores de mérito.

En 1907 remitió a la Asunción sus primeros cuadros y bocetos, que, juntamente con los de Alborno, se exhibieron en el local hoy demolido del Instituto Paraguayo. A fines del año siguiente regresó a la patria; y ya en la Asunción, en compañía de su inseparable amigo y colega, Alborno, fundó la primera Academia Nacional de Bellas Artes.

En la memorable inauguración de la nueva Academia, el gran bibliófilo y esteta de saudosa memoria, D. Juan Silvano Godoy, dirigió las palabras de salutación a los jóvenes artistas, quienes después de 5 años de provechoso aprendizaje en Europa se reconstituían a la vida artística de su patria, con los mejores auspicios. Y en otro elocuente como encomiástico discurso, el Dr. Díaz Pérez declaró inaugurada la nueva institución, en su carácter de Director de la Biblioteca, Museo y Archivo de la Nación; la prensa local celebró también la fundación de la Academia de Bellas Artes con frases de aliento y admiración para sus fundadores.

Ahora bien. Si en un cuarto de siglo de ininterrumpida labor docente, la Academia de Bellas Artes no rindió al país sino dos pintores que abrazaron con fervor su arte, (Los pintores Bestard y Holden Jara pertenecieron al alumnado del Gimnasio Paraguayo, institución en que se refundó la Academia de Bellas Artes) haciendo profesión de ella, culpa será del tan criticado ambiente nuestro que mata todo esfuerzo que no persiga un inmediato fin utilitario.

Al año siguiente de la inauguración de la Academia de Bellas Artes, concurrió Samudio a la Exposición del Centenario Argentino en Bs. As., donde obtuvo medalla de bronce con su cuadro: PUENTE CANÓNICA (Venecia) cuadro que actualmente figura en el Museo Godoy. En esa ocasión dijo de él un comentarista argentino: "este artista es un enamorado de las marinas venecianas que tan bien las siente y las expresa; de cada rincón de Venecia ha cantado un poema en su telas; con pinceladas vigorosas caracteriza con verdad esos días grises tan difíciles de expresar en el arte".

Samudio continuó trabajando intensamente con aquella perseverancia de apóstol que le caracteriza siempre, realizando anualmente la exposición de sus cuadros.

En 1922 participó en la exposición de Artes Contemporáneas que, se efectuaba en Río de Janeiro, con motivo del Centenario del Brasil, donde le correspondió la tercera medalla por su cuadro: VISTA DE CAACUPÉ. Valga decir que la sola admisión de una obra en ese certamen, ya implicaba un triunfo de alto honor para el artista, por el riguroso criterio selectivo con que hubo de proceder la comisión brasileña, en vista de los numerosos trabajos presentados para la exposición.

Posteriormente participó en la de Baltimore, con su hermoso cuadro: Los dos Vigías, lleno de sugerencias poéticas. Y otra vez en Buenos Aires en 1933, en una exposición de conjunto con sus compatriotas, Alborno, Delgado Rodas y Campos Cervera. Era aquella una oportunidad para revelarse el arte plástico moderno del Paraguay, en un ambiente donde nuestros valores artísticos eran poco menos que desconocidos. Y la prensa bonaerense no escatimó sus elogios a los heraldos de nuestra cultura artística.

Son 3 las épocas en que podría dividirse la vida artística de Samudio. La primera, la de sus comienzos en la Asunción, la segunda, la de su vuelta de Italia, y la tercera, la de los últimos tres lustros de su vida, en que se definió claramente su personalidad. De su primera época conocemos muy pocos ejemplares de sus cuadros. No obstante hemos de anotar que en ellos se advierte más el afán del dibujante que la técnica del pintor. A su vuelta de Italia vino influenciado, como era natural, por el impresionismo en boga. Su estilo revestía cierto amaneramiento por las tonalidades menudas de matices casi siempre melancólicos. Sentía una atracción irresistible por las horas del véspero y la luz medrosa de las noches de luna. Esa tendencia le llevó a percibir los paisajes a través de una visión triste y sombría, como en sus cuadros: EL ORATORIO, UN CANAL DE BURANO, (NOCHE DE LUNA), EL ÁRBOL DE ARTIGAS, etc.

Pero como Samudio no poseía más pasión que su arte, y todo lo subordinaba a su voluntad disciplinada, seguía trabajando y estudiando siempre, en el silencio fecundo de su atelier o al aire libre, pintando los paisajes en el propio terreno, ante la visión fugaz de nuestra maravillosa naturaleza. Así fue penetrando con los años en el secreto de su arte; se apartaba de la estilización, para dar cada vez más con la exacta caracterización del ambiente que trataba. Llegó a interpretar en sus últimos años la vibración del aire, bajo la diafanidad de nuestro cielo, cuya luz clarísima da coloridos particularísimos a las cosas de nuestra tierra. No en vano se dice que el arte (cualquiera sea ella) exige tiempo y

dedicación. Samudio llegó a la edad de 58 años, y 30 de dedicación severa a la pintura, y sin embargo moría cuando sólo llegaba a alcanzar el dominio de la técnica impresionista.

Representó Samudio, entre sus colegas paraguayos, LA PINTURA NATURALISTA: las selvas del Paraguay con sus arroyos y torrentes cristalinos; sus valles de suaves declives, con sus ranchitos de barro y paja; y las lejanas perspectivas de sus serranías ondulantes, todo lo exaltó en sus telas con el cálido resplandor de los soles de estíos. No demostró poseer un talento extraordinario, ni que fuera, tal vez, un gran pintor, para el criterio europeo. Pero para un ambiente, como el nuestro, poseyó en cambio sobrada voluntad para persistir en su arte, y suficientes dotes, como para llamar la atención de la crítica americana, sobre todo, y merecer de ella el calificativo de "gran paisajista". En verdad no fue sino eso. No cultivó con preferencia otros géneros de la pintura; y aunque en el retrato al carbón, a la sepia y sanguina no tuvo aquí entre sus colegas, competidores, abandonó también ese asunto para especializarse en el paisaje.

Ya presentía el llamado del más allá (como decía él mismo) en sus últimos momentos, cuando sentía la inmensa nostalgia del paisaje. En las mañanas radiantes de los frescos días de otoño anhelaba plantar su caballete al borde de un arroyo y pintar paisajes. Parecía convencerse de que no había dado de sí lo suficiente, y que alguna visión última que se reservara en la paleta ansiaba ofrecer a la posteridad de su patria que juzgara sus obras. Hasta que el 18 de abril de 1936, se apagó para siempre su espíritu en los instantes mismos en que el sol lanzaba, para morir, sus últimos destellos.

En la misma noche, sus restos fueron velados por sus ex-colegas y algunos pocos amigos en el recinto del Ateneo Paraguayo. En el acto de su inhumación que se efectuó al día siguiente en el Cementerio de la Recoleta, le despidieron en representación del Ateneo Paraguayo y del Museo de Bellas Artes, los doctores Recalde y Díaz Pérez, respectivamente. Y solemnizó el sencillo, aunque emocionante acto piadoso, un cuarteto que integraban la Soprano Esther Acuña Falcón y los maestros Giménez, Kamprand y Marsal, quienes entonaron la nota sublimada con la armonía de un ruego, sobre la humilde tumba del artista.

Fuente: [ARTES Y ARTISTAS PARAGUAYOS. PERIODO RENACENTISTA](#). Conferencia de JORGE BÁEZ - Biblioteca Nacional. Agencia Paraguaya del ISBN - 1ª Reedicción, con el apoyo de la Cooperativa Universitaria Ltda. Asunción - Paraguay, Noviembre, 2007 (91 páginas)

SAMUDIO, JUAN A.

Nacido en Asunción en 1878, fallecido en la misma capital en 1935. No hay noticias de este artista antes de 1903, fecha en la cual participa, juntamente con [PABLO ALBORNO](#) y [CARLOS COLOMBO](#), en los exámenes convocados por el Instituto Paraguayo para optar a becas en Europa: aunque ciertos datos lo presentan como alumno de HÉCTOR DA PONTE. Va a Italia, en ese año, y estudia en la Real Academia de Dibujo y Pintura, de Roma, Expuso sus trabajos, como Alborno en la Exposición Internacional realizada en 1906 en la capital italiana: el crítico de arte FRANCISCO RADÍ aludió favorablemente a un cuadro suyo. De regreso al país sus actividades durante varios años corren paralelas a las de PABLO ALBORNO a quien le unió una gran amistad; con él fundó la ACADEMIA DE BELLAS ARTES (1909) con su galería de arte permanente, aneja. Más tarde, disuelta la academia, Samudio pasó a dirigir las clases de diseño y pintura en el Gimnasio Paraguayo. Mandó a la Exposición Internacional del Centenario Argentino realizada en Buenos Aires en 1910 dos cuadros: NOCHE DE LUNA y PUENTE CANONICA realizados ambos en Venecia y que fueron distinguidos con medalla de plata Participó también en exposiciones en el extranjero: Exposición del Centenario del Brasil, en Río de Janeiro, ocasión para la cual trabajó durante dos meses en Caacupé, pintando paisajes de esa pintoresca zona. Fueron numerosas sus exposiciones individuales: en general prefirió éstas a las colectivas, aunque participó en algunas. Era un solitario. En 1962 se realizó en la Casa Argentina una retrospectiva de sus obras, organizada por el Sr. Jorge Báez (h). Figuró entre los fundadores del Gimnasio Paraguayo. Fue profesor de dibujo y de pintura en varios centros docentes capitalinos.

OBRAS EN MUSEOS:

[MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES DE ASUNCIÓN:](#)

N° 51. EL ÁRBOL DE ARTIGAS, óleo sobre tela, 0.94 x 0.82

N° 52. PAISAJE DE VENECIA, óleo sobre tela, 0.78 x 0.70

N° 53. EL ORATORIO DE NOCHE, óleo sobre tela, 0.78 x 0.70

N° 54. UNA NOCHE EN BURANO, óleo sobre tela, 0.80 x 0.70

UBICACION: JUAN A. SAMUDIO, el primero entre sus compañeros en desaparecer, puede ser considerado, juntamente con Alborno, decano de nuestras artes plásticas en la época que enlaza inmediatamente con la postguerra del 70. Así como Alborno dedicó atención preferente a la figura, por lo menos durante muchos años, Samudio se dedicó exclusivamente al paisaje y alcanzó con él gran predicamento local. En su trayectoria, como en la de Alborno, es posible apreciar la influencia del enclaustramiento y sus proyecciones negativas sobre el complejo conceptual y estético de esta promoción.

Fuente: [TREINTA Y TRES NOMBRES EN LAS ARTES PLÁSTICAS PARAGUAYAS](#) por JOSEFINA PLÁ. Editorial Cultura, Asunción-Paraguay 1973 (59 páginas).

JUAN A. SAMUDÍO

Nació en Asunción en 1878, hijo de Saturnino Samudio y Juana Domínguez. En 1903 participó juntamente con Pablo

Alborno y Carlos Colombo, en los exámenes convocados por el Instituto Paraguayo para optar a becas en Europa. Estudió en la Real Academia de Dibujo y Pintura, de Roma, y expuso sus trabajos, como Alborno, en la Exposición Internacional realizada en 1906 en la capital italiana; la crítica aludió favorablemente a un cuadro suyo. De regreso al país dirigió las clases de diseño y pintura en el Gimnasio Paraguayo. Y fue Director de la Academia de Bellas Artes. Envió a la Exposición Internacional del Centenario argentino, Bs. As., 1910, dos cuadros: NOCHE DE LUNA y PUENTE CANÓNICA, realizados en Venecia; el primero fue distinguido con medalla de bronce. Participó en la Exposición del Centenario del Brasil, en Río de Janeiro, ocasión para la cual pintó paisajes en la zona de Caacupé. Fueron numerosas sus exposiciones individuales, en 1962 se realizó en la Casa Argentina, una retrospectiva de sus obras.

"Hace años, siendo estudiante - escribió don Arturo Alsina - en un atardecer invernal, vi por primera vez a Samudio, envuelto en amplia capa y tocado por un sombrero de alas anchas que proyectaba una leve sombra sobre la noble faz del artista. Por aquel entonces exponía en los salones del Gimnasio, cuya dirección espiritual ejercía por derecho propio. Su técnica había cedido al avasallador influjo del impresionismo, y a los tonos sombríos, de la primera época, suplantaban ahora los claros y brillantes, fieles traductores de la naturaleza del trópico. Fiesta de sol, lujuria de colores!. Lo que ha dado en llamarse "estado de ánimo" y que proyecta en la obra de arte lo que de personal tiene el artista, lo que le da dignidad y lo hace intérprete y no esclavo de la naturaleza, estaba presente en aquella muestra, revelando la culminación de un fuerte temperamento... Era silencioso, grave y reflexivo. Su vida interior se traducían en su obra, en el color que el pincel iba transmitiendo a la tela virgen. Su existencia estará consagrada al arte, y un amor total inquebrantable y místico lo llevará a renunciar a todo. Renunciará al sueño del hogar propio, preferirá una puesta de sol a los vanos y tentadores placeres del mundo. Su vida era sencilla, sin complicaciones. Impuesta la misión, la cumplirá hasta el fin. En su lecho de muerte firmará los últimos cuadros...".

Juan Anselmo Samudio dedicó muchos de sus cuadros al paisaje de la patria, que trascendió en ellas su agreste belleza y colorido. Falleció en 1933.

Fuente: [BREVE HISTORIA DE GRANDES HOMBRES](#). Obra de LUIS G. BENÍTEZ. Ilustraciones de LUIS MENDOZA, RAÚL BECKELMANN, MIRIAM LEZCANO, SATURNINO SOTELO, PEDRO ARMOA. Industrial Gráfica Comuneros, Asunción – Paraguay. 1986 (390 páginas)

SAMUDIO, JUAN ANSELMO

Pintor y docente. Nació en Asunción el 21 de abril de 1878, hijo de Saturnino Samudio y de Juana Domínguez,

En 1903 participó, junto con Carlos Colombo y Pablo Alborno, de los exámenes convocados para la obtención de becas de estudio en Europa, propiciadas por el Instituto Paraguayo. Así pudo estudiar en la Real Academia de Dibujo y Pintura de Roma, y exponer sus trabajos en la Exposición Internacional realizada en 1906 en la "ciudad eterna".

De regreso al país se hizo cargo de las clases de diseño y pintura en el Gimnasio Paraguayo y fue director de la Academia de Bellas Artes.

Con sus cuadros "NOCHE DE LUNA" y "PUENTE DE CANÓNICA", pintados en Venecia, participó, en 1910, de la exposición conmemorativa del centenario de la independencia argentina, en Buenos Aires.

Con una serie de paisajes de los alrededores de Ka'akupe hizo otro tanto, participando de los festejos celebratorios del centenario de la independencia brasilera. ** Su amigo, el intelectual y dramaturgo Arturo Alsina, en su libro "Paraguayos de otros tiempos" escribe acerca del gran pintor: "Era silencioso, grave y reflexivo. Su vida interior se traducían en su obra, en el color que el pincel iba transmitiendo a la tela virgen.

Su existencia estará consagrada al arte, y un amor total, inquebrantable y místico lo llevará a renunciar a todo. Renunciará al sueño del hogar propio, preferirá una puesta de sol a los vanos y tentadores placeres del mundo.

Su vida era sencilla, sin complicaciones.

Impuesta la misión, la cumplirá hasta el fin. En su lecho de muerte firmará los últimos cuadros. Cultivaba la amistad con lealtad y consecuencia. Lo reservado del carácter no excluía, a ratos, la sana alegría, ni la ironía que florecía a menudo en sus labios"

Falleció en Asunción, en 1935.

Fuente: "FORJADORES DEL PARAGUAY – DICCIONARIO BIOGRÁFICO" Realización y Producción Gráfica ARAMÍ GRUPO EMPRESARIAL. Alberdi 2831 c/16 Pytda. Tel. (595-21) 373 594, fax (595-21) 391 136 - e-mail: arami@rieder.net.py

Samudio (Viriato Díaz-Pérez)

JUAN A. SAMUDIO, UN ARTISTA PARAGUAYO *

«Athinae» no es sólo una buena Revista de arte de la Argentina del Plata. Es una importante publicación en Buenos Aires. El infatigable luchador MARIO A. CANALE es un crítico prestado que ha alcanzado el justo renombre de que goza dentro y fuera de su país.

En las selectas páginas de «Athinae», adornadas con láminas de artistas argentinos y europeos desde los de Schiaffino y Daireaux, ha versado sobre el arte en el Paraguay. Y el que hoy motiva e inspira reproducen en magníficos fotograbados algunos cuadros.

En cuanto al autor de la crítica, el doctor Viriato Díaz-Pérez es el mismo. En la misma Revista «Athinae» dice del distinguido colaborador de la misma:

«De modo fácil y sencillo el doctor Díaz-Pérez expresa en su crítica un testimonio fiel de su cultura artística y su temperamento de crítico. De las suavidades es familiar; sus críticas son palabras de fuego cuando lo requieren las circunstancias del estudio analítico y de la crítica.»

El doctor Viriato Díaz-Pérez vive y estudia en el Paraguay; escribe libros de arte. Para «Athinae» escribirá desde el suelo paraguayo.

Pertenece a la familia de don Juan Silvano Godoy, fundador del Archivo de la Nación».

JUAN A. SAMUDIO - UN IMPRESIONISTA PARAGUAYO

Juan A. Samudio es un laborador personalísimo; de alma moderna, es, habiendo surgido en otro medio, donde pudiese revelar su temperamento exótico, descentrado y aun incomprensible en otros artistas, y si hay un Museo, es de creación particular. Samudio apenas conocer la paleta, fue a Europa y estudió. Conoció las corrientes de la modernidad revolucionaria, ingresó en las filas para porvenir. Samudio es impresionista a su manera.

En 1906 exponía en Roma. Y Francesco Badi hablaba con sorpresa: «digno intérprete de las modernas tendencias, J. A. Samudio, un cuadro de pequeñas dimensiones, «Chioggia» firmado con sus

Es Samudio, un concentrado, un silencioso escrutador de los problemas, un laborador que trabaja más para él que para los demás; que sus «iniciales» y que hoy hace arte en el Paraguay para un público que

En la Exposición Internacional de Buenos Aires, ha presentado otro «Fuente Canónica» de los que se ha ocupado la crítica. La obra, atrevido nocturno, sentido y ejecutado magistralmente. Es como una impresión singularmente. Dijo, hablando de él, La Prensa: «aunque los cuales es debido el efecto felizmente logrado». Y pudo haber nuevas fórmulas, con ser acertada, no lo es más que la exquisita

El lienzo «Noche de Luna», hoy pertenece al Museo de Asunción, donde aparecen rivales paraguayos.

Juan A. Samudio, no es un artista de su país, es una promesa de

DESAPARICIÓN DE J. A. SAMUDIO *
DISCURSO DEL PROF. DR. VIRIATO DÍAZ-PÉREZ

Con la desaparición de Juan A. Samudio, el Paraguay pierde un pilar nacional de los momentos iniciales.

Aún habiéndonos abandonado el malogrado artista en la p...
contribuido a la cruzada artística inaugural en nuestro ambiente.
hace algunos lustros no existía una Pinacoteca ni una Academia

Fue en Mayo de 1908 cuando pudieron ser inauguradas ambas
de Bellas Artes, en brillante acto, en el cual fue presentado el
uno de ellos Juan A. Samudio. Acababa de llegar de Europa do

Samudio conoció Italia, España, Francia. Y arrastrado por
impresionismo, se hizo su técnica, más cercana de la actual qu

En 1906 exponía en Roma y el crítico Francesco Badi hablaba
L'Avanti: «digno intérprete de las modernas tendencias J. A. S
Roma; expone un cuadro de pequeñas dimensiones «Chioggia

Estos comienzos fueron simbólicos en la vida modesta de
escrutador de los matices menos brillantes pero más anímicos

El gran esteta que fue JUANSILVANO GODOY, creador y f...
diciendo: «en el temperamento suave, ecuánime, bondadoso,
alguien que se asemejase a un precursor cuyo cincel agitado
los cambiantes de luz, una escuela original, apta para interpreta

Samudio continuó su cruzada en el Paraguay silenciosamente
indiferencias de diversos órdenes que todos conocemos.

Contribuyó empero a difundir elogiosamente el nombre de su
concurrió; en Buenos Aires, en Río, en Montevideo...

En la Internacional de Buenos Aires de 1910, presentaba sus
Canónica». El primero obtenía medalla de bronce. Otras med
posteriores. Algunas de sus obras figuran en selectas gale
museos. En el de Asunción se conserva su maravillosa «NOC
arte patrio pierde una de sus figuras representativas. En nomb
que los amantes del arte experimentamos, expresión de profun
justamente de todos admirado y querido.

Fuente: [DE ARTE](#)

Ensayos de VIRIATO DÍAZ-PÉREZ © RODRIGO DÍAZ-PÉREZ. PR
O'LEARY. Luis Ripoll-Editor. Palma de Mallorca – España, 1982

Juan A. Samudio (Arturo Alsina)

JUAN A. SAMUDIO

(1879 - 1935)

a la memoria de Domingo Franchi

De pie sobre la cubierta del barco en marcha, el joven artista contempla el muelle que el sol de febrero ilumina. Se agitan los pañuelos en señal de despedida. Poco a poco con la distancia, la visión va esfumándose hasta perderse en los dominios del recuerdo, y fijos los ojos en las costas cambiantes evoca ahora, los años idos.

Y se siente de nuevo niño, de pies descalzos, vistiendo la limpia ropita remendada por las laboriosas manos maternas, retornan a su espíritu idealizadas y sutiles las imágenes de su niñez, aquellas largas horas de clase en la humilde y por humilde cristiana escuelita, cuya campana tenía la voz metálica de un templo; aquellas siestas primaverales de los suburbios asuncenos, pobladas de traviosos curupíes, en la época de la pandorga y del pido palo; retornan en lento vuelo las horas vividas, animadas de emoción, y sobre un fondo iluminado de luz tropical que la retina percibe en la penumbra de los ojos entrecerrados desfila la pandilla del barrio, entrenada en el remedo heroico de las guerrillas y en el trepar ágil a guayabos y naranjos en procura de la dorada fruta que calma la sed y sacia el apetito. Y va sumando sensaciones: aquellas correrías en el Riacho y el Pasito, en que navegantes en frágil canoa ¡oh argonautas de la imaginación! - soñaban en viajes a países de encanto y maravilla. Y el espanto de la noche aquella en que su madre lo llevó, por primera vez, al toro candil, en la galopa del barrio, el día de la Virgen. Y sigue evocando los días de la Comunión, de la Cruz y del Nacimiento, de los calvarios sombríos de coros lastimeros, y los pesebres policromos saturados de olor de flor de cocotero y animados por la música de guitarras y rabeles. Sonríe al recordar la primera audacia de su vocación, cuando en la página del deber de Aritmética, sin darse cuenta de la atrocidad, impulsado por extraña fuerza, dibujó con rasgo duro e impreciso la propia imagen del magister, el de la palmeta implacable. La evocación se hace sentimiento y una lágrima se desliza en sus mejillas. Otra imagen, portadora de la luz perenne, ha quedado fija en su espíritu. Es la madre, que con sus ahorros ha comprado al niño precoz la primera caja de colores, y con ella en las manos temblorosas, ha cruzado la humilde estancia de puntillas, para no despertar al hijito dormido y arrodillándose la deposita al lado de los zapatitos domingueros en el alfeizar de la ventana que, entreabierta, recibe para la madre que se asoma, como una bendición de lo alto, la claridad lunar de aquella lejana noche de Reyes.

Eslabón con eslabón va rehaciendo los años que encadenan su vida, y revive aquellos de adolescencia y ensueño en que se ejercita en las labores de su artesanía, y aquellos otros de su juventud en que se gana la vida por sus manos en el rudo bregar del obrero. Para él, la escalera del pintor es el símbolo de la ascensión. De pie en el último peldaño no

tiene más que un recurso: volar. Y su vocación a impulsos de una fuerte voluntad lo elevó muy alto y en las aulas del viejo Instituto, desnudó su talento y miró de frente a su destino.

Ya en el Océano, la visión de la patria y de la madre se subliman. Quedan atrás su niñez, su adolescencia, parte de su juventud. Y allá en su tierra la madre espera el retorno, heroica mujer de plantas santificadas en los caminos de la Residenta; de manos milagrosas hechas para secar sudores de muerte en los días sin sol de la guerra grande. A la distancia queda su pequeño grande Paraguay, ocultando su dolor y su gloria bajo el manto de la belleza eterna. Pero aquello pertenece al pasado. Ahora, va a conquistar el porvenir ¡Salve juventud!

Corrían los primeros años de este siglo. En Europa, el ideal había llegado a una alta culminación, iluminado por la aurora sin ocaso del Renacimiento y renovado por la fuente Castalia del Romanticismo. El espíritu creaba fórmulas de fraternidad, y el Arte, religión de los que han superado al egoísmo, buscaba nuevas formas y nuevas direcciones. La inquietud de encontrarse a sí mismo se hizo universal, y el lema de Brand, del formidable Ibsen: "o todo o nada", gritó su angustia en el alma de los creadores desorientados en un mundo que creía haber agotado sus formas. El Romanticismo en el Arte, correspondiente al liberalismo en política, había dado, como éste, sus mejores frutos. Las frentes acariciadas por el soplo helénico y dignificadas por el beso de Jesús, empezaban a inclinarse sobre rojos breviarios. Y como la vida misma, compleja, multiforme y varia, con sus formas específicas, sus taras y su herencia se resume en potencia en la inicial célula, todo el Siglo XX, trasunto del primer milenario de trágicas profecías, está latente en los años de su primera década. Época de iluminación que proyecta zonas de sombra en la dilatada perspectiva del destino humano.

En Italia el sol es claro y el cielo azul. El alma humana, ardiente, encendida de pasión. En Roma impera la Academia. El respeto a lo clásico adquiere la rigidez de un dogma. El "magister dixit" no permite ninguna audacia. Las ruinas del Coliseo, del Foro, el Arco de Trajano, la Vía Apia, imponen el culto de lo antiguo. El Vaticano con sus "loggias", sus "stanzas", el Juicio Final, la Pietá, es la tradición. Las formas no pueden ser superadas. Pero la juventud iconoclasta conspira. Se admira a Manet, se nombra a Grosso, se discute a Cézanne...

Samudio ingresa a la Academia, estudia con ardor; respeta los cánones. Pinta al óleo, ensaya la acuarela, consagra gran parte de su tiempo al dibujo. Su temperamento melancólico gusta a los tramontos otoñales, de tonalidades sombrías. Bajo la influencia académica pintará su "Noche de luna", que se conserva en el Museo Godoy.

De tiempo en tiempo se evade, se emancipa del ambiente académico, se acerca a la Naturaleza. Hoy se lo sorprende en los floridos días de mayo, pintando en la alegre campiña romana. Come en las trattorias, duerme en el lugar en que lo toma la noche. Mañana hará copias en el Museo de Florencia... Después en la capital del mundo: París... luego Bélgica, Alemania.

Renueva su visión en las cambiantes perspectivas de los viajes. El ex-obrero de Asunción adquiere cultura. Y vuelve de nuevo a la Academia y pinta bajo la mirada vigilante del maestro, los clásicos modelos.

Vienen los días de Venecia que evocará siempre como los mejores de su vida. Un hábito de renovación dinamiza el alma inquieta de la juventud. Grosso, insigne y libre, es allí el apóstol del impresionismo. Hettore Tito enseña el arte de pintar y da lecciones de dignidad artística. Por los amplios ventanales, penetra, junto con el sol claro, el aire libre del mar. Las almas están en estado de gracia. Se habla en alta voz, mejor dicho se piensa en voz alta. Los niños juegan en la costa frente al paso de Lido, donde el Dux arrojaba al mar su anillo nupcial en señal de alianza. En la calle, junto a los palacios, el pueblo celebra sus fiestas espontáneas; ricas en color y movimiento -alegres danzas, cantos, flores, salud plena- escenas que Favretto documenta.

Y por las noches saturadas de palor lunar en los canales, cruzados por arcadas de viejos e historiados puentes, viajera de la quimera, en góndola de andar lento y ritmo voluptuoso, la juventud, cantara la eterna serenata a la amada lejana e inefable, jamás alcanzada, que simboliza el ensueño vivido y el ideal irrealizado.

Fruto de aquel momento es su obra: "Puente de Canónica", premiado en la exposición del primer Centenario Argentino (1910). Emanada de este cuadro de medias tonalidades -luz y sombra- una suave melancolía que induce a soñar.

En Venecia cultiva la técnica puntillista del tirolés Segantini y toma filiación en su escuela. Bajo su influencia pintará después su admirable "Oratorio".

Hemos tenido en nuestras manos un álbum de bocetos y dibujos de distintas épocas de su vida. Sirve de portada una caricatura hecha por Sorazábal. El álbum contiene unos doscientos dibujos. Pedazos de papel con la nota interesante captada en la vida cotidiana, escenas, tipos, retratos, estudios de composición, copias, desnudos, paisajes; y, entre tanto trabajo propio, dibujos con dedicatoria, afectuoso presente de amigos y camaradas. Su paso por Venecia y por París está allí documentado. Altos edificios arcaicos de la Chioggia, puentes venecianos, barcazas amarradas como abandonadas de toda humana asistencia, escalinatas que dan al mar, rincones del camposanto de aldea, edificios solitarios cubiertos de sombra, torres y cúpulas que se destacan sobre los tejados, mujeres pensativas, niños tristes vagabundos. En sus últimas páginas, bocetos y dibujos del Paraguay, la cúpula del Oratorio, Caacupé con su Iglesia y al fondo, el magnífico panorama, retratos de campesinos, un arpero semidormido sueña sobre el cordaje vibrante.

¡Con cuánta emoción he ojeado estas páginas! En ellas está encendida la luz de su espíritu; en ellas dejaron sus huellas las horas serenas, fecundadoras de esperanzas; y las tristes que amortajan ensueños. Allí están los días de sol de la juventud, y los grises de la amargura. Al analizar el contenido de este álbum, nos hemos preguntado: ¿por qué Samudio no cultivó con más dedicación la figura, para la que tan especiales aptitudes poseía? Y surge, espontánea, a flor de labios esta otra interrogante: ¿qué obra hubiera realizado Samudio en otro medio más propicio al impulso creador? Admiramos emocionadas el heroísmo de estos artistas y precursores que renunciaron a posibilidades de gloria y fortuna que otros climas les ofrecían, que todo lo sufrieron y todo lo olvidaron, para vivir pobres y desconocidos en la patria, embelleciéndola con los frutos que da el talento, hora a hora, sin pedir nada, dándolo todo.

Hace años, siendo estudiante, en un atardecer invernal, vi por primera vez a Samudio, envuelto en amplia capa y tocado por un sombrero de alas anchas que proyectaba una leve sombra sobre la noble faz del artista. Por aquel entonces exponía en los salones del Gimnasio, cuya dirección espiritual ejercía por derecho propio. Su técnica había cedido al avasallador influjo del impresionismo, y a los tonos sombríos, de la primera época, suplantaban ahora los claros y brillantes, fieles traductores de la naturaleza del trópico. ¡Fiesta de sol, lujuria de colores!. Lo que ha dado en llamarse "estado de ánimo" y que proyecta en la obra de arte lo que de personal tiene el artista, lo que le da dignidad y lo hace intérprete y no esclavo de la naturaleza, estaba presente en aquella muestra, revelando la culminación de un fuerte temperamento.

Y ya que hemos desembocado en la avenida del recuerdo, internémonos en ella, en pos de la evocación.

Era silencioso, grave y reflexivo. Su vida interior se traducían en su obra, en el color que el pincel iba transmitiendo a la tela virgen. Su existencia estará consagrada al arte, y un amor total inquebrantable y místico lo llevará a renunciar a todo. Renunciará al sueño del hogar propio, preferirá una puesta de sol a los vanos y tentadores placeres del mundo. Su vida era sencilla, sin complicaciones. Impuesta la misión, la cumplirá hasta el fin. En su lecho de muerte firmará los últimos cuadros. Cultivaba la amistad con lealtad y consecuencia. Lo reservado del carácter no excluía, a ratos, la sana alegría, ni la ironía que florecía a menudo en sus labios.

¿Era Samudio un disconforme, un atormentado? No se observan en él síntomas ni indicios de este tipo de neurosis que esteriliza a muchos talentos. No era un amargado, no se consideraba un incomprendido ni se quejaba de la indiferencia, ni se creía un extranjero en su propia patria. Conocía la fortaleza que confieren la soledad y el silencio. No adoptó poses ni envenenó su alma con el tóxico de la pedantería. Amaba la música con profunda devoción. Unos días antes del tránsito, se levanta una noche de su lecho de dolor y acude a la casa de un amigo que lo quería de corazón y que hoy venera su memoria. "Antes de traspasar los límites del más allá -le dice- he venido a escuchar por última vez la "Sinfonía Inconclusa". Accede el amigo y el artista escucha con unción ese canto del espíritu emancipado.

El gráfico de su vida fue una recta profunda y luminosa.

En su espíritu había puestas de sol y claros de luna.

Tal el hombre. Evoquemos ahora al artista.

En Europa ha ensayado con éxito la figura, pero siente el paisaje. Copia el ocaso sereno, las aguas del arroyo que reflejan las copas floridas de los árboles. Pintará los caminos de ocre surcados por las lentas carretas de bueyes de paso cansino y ojos dulces y tristes; las calles pueblerinas alfombradas de verde brillante, el bosque y la capuera, los palmares, el rancho, los patios agrestes, el pedazo de selva. Los grises aparecen a menudo como contraste de los colores violentos, en los claroscuros de los tramontes, en los contraluces, en los tonos severos de los cielos de otoño. "La luz, divinidad creadora del paisaje", no se descompone en fragmentos cabrilleantes, lo invade todo y todo lo embellece a veces con reflejos de fuego en los crepúsculos estivales, otros con la imprecisa claridad del alba. La serenidad que es su sello peculiar no le permite excederse en ninguna nota violenta: ni extravíos ni impacencias. Los elementos están proporcionados, equilibrados. Todo lo de su mano está hecho con noble justeza interpretativa. Del clasicismo ha aprendido el reposo, la virtud de la gracia, el culto de la forma; de lo romántico, su irreductible individualismo; el modernismo le ha dado la técnica, la noción del movimiento. La Naturaleza le ha enseñado la verdad, "su verdad". Algunos de sus cuadros son sinfonías de color de bella armonía cromática. Lo que ha dado en llamarse "valor" aparece sutil y trascendente entre los tonos violentos y dominantes. Lo que asimila su retina se convierte en la tela en el eco de su sensibilidad.

"El estilo es el hombre", se ha repetido, y en efecto, en su obra, está presente lo que siente, lo "que es". Con obsesión de místico recorrerá la campaña en busca de temas y motivos. En Caacupé pintará el hermoso cuadro premiado en la Exposición de Río de Janeiro, y que por desgracia está en el extranjero. Ante esta obra hemos recordado -sin que esto implique irreverencia- la frase de un admirador anónimo que, ante el retrato de Inocencio X, pintado por Velázquez, exclamaba: "Con nada está hecho y sin embargo ahí está todo".

El elemento humano, activo, creador, aparece como una simple nota de color, absorbido por la multicolor armonía del paisaje. Al observar una tela suya, nos decía una vez un joven amigo, lleno de inquietudes renovadoras: "Me parece ver aparecer en el primer plano al nativo, y expresar en el dulce idioma aborigen: ¿"Maestros: os habéis olvidado de nosotros? ".

A partir del año 1918, después de la terrible vorágine, las cosas han cambiado en Europa y por irradiación en el mundo. Los jóvenes artistas han pasado cuatro años en las trincheras, la neurosis de guerra ha exprimido su cerebro, los métodos de lucha han endurecido su corazón. Tiene otra mentalidad, otra sensibilidad. Se ha puesto en contacto con la masa, gran selva humana de multífonas resonancias. La consigna intelectual de: "hacer la revolución en los espíritus" se refleja con especial significación en el campo del arte. La batalla entre lo nuevo impreciso y lo viejo estructurado es ruda. Con el conflicto de generaciones, en ambiente de violencia, recrudece la lucha de clases.

La Academia lucha con la calle. Al arte por el arte se opone el arte social. El mal económico y la metafísica revolucionaria torturan a las almas y crean una nueva sensibilidad cuyas formas de expresión artística no alcanzan a definirse aún. La política ha invadido los dominios de la belleza y el artista se convierte en hombre de ideas.

La renovación es integral. Cuando el grupo "Claridad" lanza su lema se habla de la decadencia de Occidente. Con "El Fuego" de Barbusse se abren nuevos horizontes a la literatura de postguerra. Los escritores editan panfletos y redactan manifiestos y proclamas. Deliberadamente se huye de lo literario, el estilo deja de ser lo fundamental, lo esencial está en hablar a las masas y estas no entienden el lenguaje de Gabriel d'Annunzio, Rimski Korsakof y Stravinsky revolucionan la música; Mestrovich empuña el cetro de Rodin. La poesía ha perdido su ritmo clásico atenta solo a imágenes inferiores. El futurismo hace sonar sus cascabeles. Pronto se hablará de teatro de masas. El punzón del aguafuertista que fija en la plancha el horror de los mutilados, de los mendigos y desocupados, es un arma de combate esgrimida desde los estadios de la miseria. La pluma es un puñal, el pincel una tea.

Por contraste se cultiva lo frívolo, se aplaude lo exótico y hasta lo grotesco. Foujita triunfa; Picasso fantasea.

Esta corriente espiritual ahoga a algunos, arrastra a otros y salva a muchos. Los hay que se refugian en el serio de la belleza pura, Zuloaga no se inmuta: el espectro de Goya huye de los museos y vaga por las calles convulsionadas.

El eco de este mundo que nace llega al Paraguay atenuado y sorprende a Samudio en la mitad de su carrera. ¿Qué actitud tomará el artista ante las nuevas corrientes, le influenciarán en alguna dirección, le aportarán sugerencias? ¿Su técnica, su sensibilidad misma, estarán acomodadas al nuevo estado de cosas? Desde el año 1909 al 34 no ha salido del país. Para él no habrán pasajes oficiales. Su visión no se renueva y las manifestaciones novedosas del arte le llegan a través de láminas y revistas. Samudio no siente "aquello", es consecuento y permanece fiel a sí mismo. Profundamente sincero no puede traicionarse. No quiere dar a su obra ninguna especial trascendencia. Pinta sólo lo que ve y siente, y su alma se identifica con el paisaje que le sirve de modelo. Ante sus cuadros no se piensa: se sueña. Tiene este poeta de la pintura la virtud de desplazarnos a zonas de sensaciones puras, de incorporarnos al seno profundo de la Naturaleza. Ya vendrán jóvenes artistas que canten y glorifiquen al obrero de manos callosas, nuevos Meuniers que bebiendo en las fuentes del dolor social cincelen grupos sufrientes; ya vendrá el pintor que internándose en la selva "que suda sangre", al decir de Barrett, inmortalice al mensú de músculos de acero y alma mansa. En el arte, se dirá, lo primero y fundamental es la belleza. Y la prodigará a manos llenas, como un sembrador, como el sembrador de Rodó, cuyas manos "tenían el temblor de las estrellas".

La guerra con Bolivia lo encuentra viejo y enfermo. Formará parte de la Embajada de artistas nacionales que lleva a Buenos Aires una muestra de nuestros valores. La guerra reproducirá acomodados a las características sociales y al medio económico los fenómenos de la europea. La juventud de colegios, facultades y academias ha convivido con el campesino y el obrero la vida de los campamentos. Frente a la muerte ha nacido la fraternidad. El pueblo desnuda su psicología y un soplo renovador agita a las almas angustiadas. Se crea el clima espiritual propicio a la audacia creadora cuyos atisbos originales se insinúan.

Samudio ya no volverá. Se siente vencido, sus fuerzas físicas claudican. Y una noche, hoy hace un año, cierra los ojos para siempre y su espíritu se interna en las insondables perspectivas del más allá.

Ha de llegar y pronto el crítico que consagre su obra. Pero siempre ha de pertenecerle la gloria indiscutida de ser de los primeros en las horas iniciales de nuestra formación artística, espíritu padre cuyo fulgor iluminará el camino de los que vendrán.

Hace un año lo devolvíamos muerto a esta casa de la cultura, que tuvo para él, en vida, calor de hogar, y ahora glorificación póstuma.

Debíamos a Samudio este homenaje. Le debemos también un desagravio. Los que estuvimos presentes en las horas de su larga agonía rendido en su humilde habitación, en las paredes colgados por manos fraternas sus últimos cuadros, en la paleta frescos aún los colores, nos hemos preguntado: ¿dónde estaban los jóvenes que en este país alientan su ideal y rinden culto a la belleza? ¿O es que no existen o son los mismos que se apretujan en pandillas haciendo antesala en los despachos de los políticos de turno? ¿No tenían para el maestro, en sus últimas horas, una palabra de afecto, de interés cariñoso? Samudio, gloria del arte nacional, no podía darles empleos ni propinas, solo para la definitiva glorificación de su vida, podía hacerles partícipes de su último dolor. Y aquel acompañamiento -grupo de amigos que encorvados por la emoción siguen al féretro, bajo la llovizna persistente por las callejas del camposanto. Ausentes como siempre, los hombres que pueden y los hombres que deben. Y os pido perdón si las palabras que voy a pronunciar os parecen impropias dichas en este lugar y en esta solemnidad: no había en el sepelio de este precursor la

pompa ni el boato que acompañan a los restos del usurero que ha amasado su fortuna con las monedas arrebatadas al hombre de sus semejantes o a los del caudillo muerto en su efímero cuarto de hora de poder.

Y hoy que en su homenaje el recuerdo ha encendido su lámpara votiva, hemos dicho en voz baja nuestra oración profana y grabado este epitafio en la mente.

Hizo florecer rosales sobre la pampa de granito.

Pero sobre la pampa estéril, ha de crecer con el andar del tiempo un bosque de laureles -morada de las musas- merced al esfuerzo de estos nobles y fuertes varones que dejando sobre la piedra el aliento vital de sus sueños y de su sacrificio, la fertilizaron y conmovieron.

Y entonces los hombres aprenderán a amar a los artistas y el alma de Atenas iluminará el porvenir.

(Asunción, 1936).

Enlace al documento fuente: [PARAGUAYOS DE OTROS TIEMPOS](#)

Por **ARTURO ALSINA**

LIBRO PARAGUAYO DEL MES

Ediciones NAPA, Abril 1983 Nº 24

Asunción – Paraguay (210 páginas)

Ingresar al Perfil Completo en PortalGuarani.com ➤

Portal Guarani © 2024
Contacto: info@portalguarani.com
Asunción - Paraguay